

**Próximo número:**

El real y hermoso drama-film

**El mundo y la mujer**

por GERALDINE FARRAR

Postal-fotografía:

**JUNE CAPRICE**

Sale todos los miércoles

Precio: 25 céntimos

**PRONTO...**

La mejor revista cinematográfica:  
La más bonita, amena y elegante. Preciosos argumentos, humorismo cinematográfico, galería de artistas cinematográficos, bellos apuntes de inapreciable valor artístico. — Todo amante de la cinematografía comprará

**CRI - CRI**

¿Cuándo saldrá? ¡¡PRONTO!!

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

Nº 324

25 CTS.



**CASI  
UNA SEÑORA**

FOR

Marie Prevost

**Filmoteca**  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción | PASAJE DE LA PAZ, 10 bis

Administración | Teléfono 4423 A

Año VII

BARCELONA

N.º 324

---

## CASI UNA SEÑORA...

(ALMOST A LADY, 1926)

Finísima comedia, interpretada por

MARIE PREVOST y HARRISON FORD

so

Producers Distributing Corporation  
(PRO - DIS - CO)

EXCLUSIVA DE

JULIO-CÉSAR, S. A.

Calle Aragón, 316

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de  
RICARDO CORTEZ



## Casi una señora...

---

### Argumento de la película

---

La casa Henri era uno de esos salones "ultra smart" de confecciones de señoras, templo de la elegancia y de la moda.

Lo más selecto y distinguido de la ciudad se daba cita en ellos. Era un signo de elegante distinción el comprar los trajes en aquel establecimiento.

El propietario, llamado Henri, sabía con su exquisita amabilidad y corrección cultivar una numerosa clientela. Nadie se marchaba descontento de su trato, pues unía a su cautivadora sonrisa, un perfecto conocimiento del gusto refinado de la moda.

Verdaderamente su negocio eran las "toi-

léttes", pero se interesaba más por quienes las lucían. Se sentía a veces émulo de Don Juan, y deseaba prolongar la simpatía que le inspiraban sus modelos hasta más allá de los salones de su casa.

Aquella tarde, como todas las tardes del año, las amplias y luminosas estancias de aquel palacio de la moda bullían de una multitud femenina, interesada en las sorpresas de la exhibición. Entre las numerosas señoras destacábanse también algunos caballeros, que, de grado o por fuerza tenían que pasar las horas en tal ambiente mundano.

Marcia Blake era una nueva maniquí que no había respirado nunca el ambiente de la sociedad elegante. Una preciosidad de criatura, remedio infalible contra el mal humor y la neurastenia.

Había llegado a los salones la señora Relly, que aspiraba a ser la primera figura de la alta sociedad, para lo cual sólo le faltaban muy pocos kilos. Era bastante gruesa, y robusta como para poder aspirar a un campeonato de peso fuerte.

Iba acompañada de su marido, un tal Timoteo Relly, un esposo-apéndice que ahogaba en whisky las penas de su esclavitud. A menudo pensaba Timoteo que su casamiento había sido un verdadero *timo*.

La señora Relly contemplaba entusiasmada las doradas figuras de algunas maniqués

de madera sobre cuyos cuerpos delgados las ropas tenían una fastuosa elegancia. Eran figuras originales, alargadas, delgadas, con ondulaciones de serpiente, pero que copiaban a la perfección la esbeltez del cuerpo femenino.

La dama, sorprendida por el contraste que formaba ella, tan voluminosa, con las inmóviles maniqués, de raras líneas serpentina, exclamó, contemplando una de ellas que tenía una silueta casi absurda:

—¡Qué figura más extraña!

—¡Maravillosa! — respondió el marido—. ¿Por qué no me has traído antes aquí?

La esposa se volvió, sorprendida por la contestación y vió a su esposo que sonreía picarescamente a la encantadora modelo Marcia.

—¡Timoteo! — le dijo, lanzándole una mirada tremebunda.

El marido apagó al instante su sonrisa y se resignó a estropear su aventura. ¡Qué mala suerte!

Marcia que había contemplado desdeñosamente a aquel admirador, sentada ante una mesita y tomando el té, se levantó para comenzar la exhibición.

Poco después una serie de lindísimas muchachas comenzó a "posar" ante la concurrencia sus bellas "toilettes".

Pasó Marcia con su soberana figura de

marquesita, hecha para pisar los mejores salones de la tierra... y del cielo.

Llevaba un traje sencillamente divino, capaz de hacer enloquecer al más sensato varón.

La señora Relly suspiró y sus carnes, moles bien repletas, se estremecieron.

—¡Si yo pudiera presentarme así esta noche! ¡Hoy que recibo en mis salones a Vio-la Vonna, la gran escritora!

Henri, el modisto, que desde el primer momento, había atendido a esta clienta antigua, dijo:

—¡Magnífico! Precisamente el duque de Lonkershinn ha llegado de Escocia de incógnito y desea conocer a la joven novelista.

Los ojos de la señora Relly reflejaron su contento. Comprendiendo el motivo de su alegría, el señor Henry prosiguió:

—Creo que podré convencer al duque de que honre a ustedes con una visita...

—¡Oh, gracias, señor! Me parece que aunque estoy un poco gruesa todavía tengo estilo... — dijo la dama señalando las perfectas redondeces de su persona.

—¡Ya lo creo! — añadió el empresario—. Y si usted quiere enviaré a usted a Miss Blake para que le ayude a vestirse para la recepción...

—¡Es una gran idea! Podrá ponerme a

mi también los gemelos de la camisa — dijo Timoteo, sonriendo picarescamente.

Marcia se hallaba ante los señores Relly, humilde y encantadora, escuchando la conversación. ¡Ah, no le parecería mal pisar el salón de una casa que, como la de la señora Relly, debía ser de las mejores!

Timoteo, creyendo tocar la fina mano de Marcia, disimuladamente, comenzó a acariciar una piel suave y aterciopelada, que pareció abandonarse muy gustosamente a ese contacto.

Luego, el hombre contempló aquella mano y vió que pertenecía al señor Henri... La retiró instantáneamente, mientras Henri, furioso, movía los labios mascullando su sorda indignación. ¡Y él que creyó tocar los dedos de rosa de la modelo!

Ya convenidos los señores Relly con Henri salieron de la casa. Timoteo se prometió volver por allá. ¡Ya sabría al fin, donde pasar las tardes!

Marcia entró en el vestuario para despojarse de su traje y adquirir de nuevo su porte de muchacha de la clase media.

Vió ante su tocador una caja en cuyo interior halló un par de medias, de sedoso calado.

Sobre la cubierta de la caja, vió escritas estas dos palabras:

*De Henri*

Sonrió, halagada por el regalito con que la obsequiaba su principal y quitándose las medias que llevaba, donde el principio de un desgarrón comenzaba a hablar de la necesidad de sustituirlas, calzóse las que acababa de recibir y mostró su contento al verlas, firmes y brillantes, sobre su piel.

Otra dependienta se acercó a ella y le dijo:

—Parece que el señor Henri te ha hecho un regalito, ¿verdad?

—Sí... parece muy bueno para con nosotras...

—Sí, sí... fíate de él... También a Doro-tea le regaló un par de medias el día que entró en la casa.

Y le señaló a otra muchacha del exterior.

Repentinamente, Marcia, se puso seria, y adivinó las segundas intenciones del principal. ¡Ah, pillo! ¿Es que pretendía a cambio de aquellos regalos, algo más que el agradecimiento? Y Marcia, muchacha honrada, despojóse prestamente de las medias, poniéndose de nuevo las suyas, que empezaban a envejecer pero que tenían la noble procedencia del trabajo honrado.

Entretanto, un coche acababa de detenerse ante el edificio de la casa Henri. Su propietario tuvo que abrir cuña entre otros dos automóviles para colocarse precisamente ante la puerta principal, obligando a los dos coches a cederle el terreno suficiente.

Quien conducía aquel coche, un Ford, era Bob, el hermano de Marcia que tenía la manía de vigilar a su hermana y apartarla de peligros reales o imaginarios.

Bob era comisionista de artículos de escritorio, cuando se aburría...

Marcia salió del establecimiento y en la puerta encontró a Henri que miró si su maniquí llevaba las medias que él le había regalado.

Se amoscó al ver que la dependienta no usaba su regalo.

—Qué ¿no eran las medias de su número?

—No lo tome a desaire, señor Henri, pero prefiero comprarme las medias yo misma — contestó.

Y se dirigió al encuentro de su hermano.

Bob, entusiasmado, le señaló el coche y le dijo:

—¡Mira hermanita, he aumentado la familia! ¡Un *auto*! ¡Un verdadero *auto*!

La joven se entusiasmó con aquella adquisición y pretendió darle marcha y al no lograrlo, prefirió que Bob se encargase de la misión.

Henri se acercó a ella, sospechando si Bob sería el novio de la maniquí, y Marcia le dijo, presentándole:

—Perdone... es mi hermano Bob.

Y se acomodó en el coche, al lado de Bob, orgullosa y alegre.

Bob no podía ocultar su contentó:  
—¡Una ganga! — dijo—. ¡Treinta millas en galón y en verano consume la mitad!

El coche partió, y como el asiento de Marcia carecía de respaldo, cada vez que tropezaban con un bache o un obstáculo, Marcia estaba a punto de caerse.

—Se lo he comprado a un jorobado; por eso quitaría el respaldo — dijo Bob.

—Eres feliz, Bob, que no tienes otra cosa que hacer que pasearte en este cacharro.

—No te quejes, Marcia... Y lo que debes hacer es guardarte de tu principal que no tiene buena cara.

—No necesito consejos. Yo sé guardarme y no temo a nadie.

Y siguieron en silencio su marcha rápida hacia el hogar...

\*  
\*\*

Marcia y Bob no eran más que hermanos pero se peleaban como marido y mujer.

Aquella noche, poco antes de cenar, Marcia comenzó a vestirse con caprichosos cortinajes; púsose sobre la cabeza un plumero y comenzó a pasear por la modesta habitación como si se encontrara en alguna recepción importante.

La sorprendió su hermano en tal ocupación. Bob llegaba cargado de varios accesorios del coche, temeroso de que en la calle se los quitaran.

Al ver a su hermana vestida tan caprichosamente, la dijo:

—Pero ¿quién te figuras que eres? ¿La señora Rokefeller?

—¿Y tú te figuras que esta habitación es



—Pero ¿quién te figuras que eres? ¿La señora Rokefeller?

un puesto de hierro viejo? — respondió ella, señalando los accesorios.

—Lo que deberías de hacer es preocuparte de la comida. ¿Es que no comemos hoy? Acuérdate de que yo también he trabajado...

—Sé muy bien mi obligación, Bob...

—Pero la olvidas... Y si sigues en esa casa de trapos de colores, nadie podrá aguantarte... Te estás echando a perder... orgullosa...

—Me tienes envidia, ¿verdad?

—¿Envidia yo de ti? ¿Ahora que he comprado automóvil? ¡Vamos!

Agrióse la discusión a tal extremo que tal vez para refrescar el ambiente, Marcia comenzó a tirar abundante fruta sobre la cabeza de su hermano. Manzanas y peras caían como un maná.

En aquel instante abrióse la puerta y apareció el señor Henri... Una manzana fué a caer sobre su cara y la pechera de su camisa, manchando su blancura.

Atemorizada, Marcia corrió a limpiarle la camisa, murmurando mil perdones.

Ya más tranquilo, el modisto habló, mostrando a la bella muchacha un precioso abrigo.

—He prometido a la señora Relly — dijo — que iría usted esta noche a su casa para ayudarla a vestir, y he pensado que quizá necesitara usted un buen abrigo.

Ella lo tomó, pero comprendiendo el malévolo propósito con que aquel hombre le hacía el regalo, le dijo:

—Es un abrigo precioso, pero he decidido no tener frío este año. Muchas gracias por su interés.

Y se lo devolvió tranquilamente, mientras Bob, contento ante la conducta de su hermana, sonreía al señor Henri burlonamente. Henri tuvo que marcharse, fracasado, y



*...una manzana fué a caer sobre su cara y la pechera de su camisa.*

al quedar solos comentaron los dos hermanos:

—Ese hombre ha venido aquí por lana... — dijo Bob.

—Pues aquí no hay ninguna oveja — continuó ella.

Luego cenaron y el desprecio que habían dado a Henri, calmó su antiguo rencor. Volvió a reinar la mayor armonía entre ellos.

Poco después, Marcia marchó a la casa de la señora Relly, y ayudó a vestir, con los detalles de una verdadera elegante, a la opulenta señora.

La recepción de la señora Relly se presentaba con la agravante de un barítono de afición.

El salón aparecía lleno de gente y un barítono quería hacer las delicias de la concurrencia, cantando la ópera "Carmen".

Lo hacía tan a lo vivo, con tal intensidad de movimientos, que, distraídamente, en uno de sus arrebatos, metió el brazo en uno de los barrotes de una silla donde estaba sentada una elegante dama y levantó a ambos por el aire, viendo la pobre mujer a caer a alguna distancia.

El escándalo fué mayúsculo... y el barítono enmudeció del susto.

La pobre maniquí, que habíase detenido ante la puerta del salón, al marcharse, vislumbró por primera vez un mundo fascinador...

¡Luces, trajes, joyas... todo lo soñado!  
¡Qué suerte tienen las mujeres ricas!

Entre los invitados se encontraba William Duke, un joven rico, elegante y desenvuelto como recién llegado de Londres y París.

Llevaba una carta de presentación para la señora Relly, carta que el mayordomo entregó a la dama. Esta leyó:

*Querida tía: Tengo el gusto de presentarle al portador William Duke, buen amigo mío. Le agradecerá mucho cuantas atenciones tenga con él, su sobrino*

*Allen.*

—Aquí debe haber alguna confusión. Yo no tengo ningún sobrino — dijo la señora Relly.

—Mujer, este Duke debe ser el duque Lonkershnin. Ya sabes que Henri decía que iba a venir de incógnito — dijo Timoteo—. Por esto habrá disfrazado su nombre.

—Por primera vez después de veinte años, me parece que tienes razón — le dijo su esposa.

Y los dos, confundidos por el apellido Duke y el título ducal, se encaminaron hacia el salón, presentándose cortésmente a William.

—¡Oh, señor Duque!...

Fué presentándole a los demás invitados, diciendo siempre:

—Su Excelencia... digo, el señor Duque...

Ajeno al equívoco, William saludaba cortésmente.

El mayordomo se acercó a la señora y le dijo, aparte, que Miss Viola Vanna, la escritora, acababa de telefonar que no podía venir.

—¡Dios mío, estamos perdidos! ¡Y el Duque que sólo venía para verla a ella! — murmuró desconsolada la dama.

La dama salió del salón y estuvo a punto de desmayarse, ante el conflicto. La trajeron una copita de vino que Timoteo se bebió tranquilamente, diciendo después a su esposa:

—¿Te encuentras mejor, encanto?

—Sí, sí — dijo la señora Relly—. Pero ¡qué desastre! ¡Qué plancha tan enorme!

De pronto vió cerca de ella a la maniquí Marcia que había acudido por si la necesitaban, y le dijo:

—Tengo una idea. Nadie conoce aquí a Miss Viola. Si usted se vistiera... podría sustituirla y salvar mi situación.

La expuso brevemente el proyecto para que se hiciera pasar por la novelista.

—Acepte usted, Marcia — le dijo—. Será usted la heroína de la noche y conocerá a un verdadero Duque...

Y la maniquí, deseosa de brillar por vez primera en un salón, aceptó la farsa...

La señora Relly y una doncella corrieron a vestirla con un hermosísimo traje de tissú de plata...

—Cuidado, Marcia — dijo la dama—. Este traje no está cosido, y se halla únicamente embastado con alfileres. Procure no moverse mucho en la recepción...

Era un vestido que una modista había de-

jado aún a medio hacer, pues la señora Relly no debía estrenarlo hasta algunos días después. Pero como era el mejor que poseía, se lo entregó a Marcia, haciéndole la obser-



—Cuidado, Marcia. Este vestido no está cosido.

vación de que procurase evitar cualquier roce.

Mientras tanto, William Duke había enablado conversación con una solterona, quien le decía, mimosa e insinuante:

—Por supuesto que usted sabrá que va a

venir la novelista Viola Vanna. ¿Ha leído usted su obras?

—Soy su admirador más apasionado...

—¡ Es la primera autoridad en escenas de amor! ¡Qué experiencia debe tener!

Y acercóse más a Duke como si pretendiera llenarle de su espíritu ardiente y romántico de solterona...

Se interrumpió al ver llegar a la señora Relly con una hermosa mujer, a la que presentó como Viola Vanna.

La entrada de Marcia asombró a los concurrentes, especialmente a Duke que buscaba con afán su alma gemela.

¡Qué estupenda mujer!

La señora Relly, encantada de la impresión causada a sus invitados por la presencia de la novelista en sus salones, presentó al joven Duke, como duque, a Marcia, que no sabía cómo ocultar su alegría.

La belleza de Marcia cortaba a Duke, que se limitaba a acariciarla con los ojos, ya que no era prudente hacerlo con las manos.

La orquesta que amenizaba la fiesta tocó de pronto un charleston, y acogiéndose a la ridiculez del baile dijo Duke:

—¡Qué música más extraña! Pero si quiere usted bailar...

¡Horror! ¡Bailar, con el traje amenazando desprendérsele del cuerpo al menor roce!

—Perdone usted — contestó ella —, pero prefiero no bailar con esta música.

—Como usted mande. Mas... aquí no hay la menor perspectiva. ¿Quiere usted que vayamos al jardín?

—Vamos...

Salieron al jardín, iluminado ¡ay! por la maliciosa luna.

Marcia, evitando el más leve roce de Duke, que poco a poco iba arrimándose, maravillado de su belleza, sentóse en un banco del parque.

Duke, como reconcentrándose en sí mismo para verter lo mejorcito de su repertorio galante, se remontó a las nubes sobre el lomo de la fantasía...

—No sé por qué, me parece que esta noche será para mí trascendental.

Marcia, apartándose cada vez un poco más de Duke, que era partidario de la aproximación, le escuchaba atónita.

¡Caramba! ¡Sí que se enamoraban pronto los "duques"!

El galán prosiguió:

—Nosotros nos hemos encontrado antes, en otras edades... Su alma y la mía se han visto en el Infinito.

¡Ay, ay, ay, que aquello se ponía poético! ¿Adónde irían a parar?

Lo malo para Marcia era que, apartándose sin cesar de Duke, su vestido había ido desprendiéndose de la parte trasera, colocando ciertas cosas en situación poco airosa...

Pero Duke, entregado a su declaración amorosa, no reparaba en nada.

—¿No recuerda usted aquellas noches en que ambos flotábamos en el espacio y can-



—*Nosotros nos hemos encontrado antes, en otras edades.*

tábamos juntos volando entre los astros? — siguió diciendo.

¡Jesús! Pero ¿qué estaba diciéndole? Ella no se acordaba de ninguna noche ni de que hubiese sido nunca aviadora.

—Esta noche nos hemos encontrado en la

Tierra. ¡Si yo pudiera romper el velo que la rodea!...

Decididamente el enamoradizo "duque" iba demasiado aprisa. Marcia le salió al paso.

—¿Por qué me habla usted así, si no me conoce? No hay razón para que usted me ame.

El replicó vivamente:

—El amor no necesita razones. Se ama porque sí y nada más.

¡Bueno, bueno! ¡Demonio! ¡Qué teorías "Lindberghianas"! ¡El "duque" amaba como Lindberg cruzaba el Atlántico: de un solo vuelo!

Y no encontrando otra salida a las vehementes frases del "noble", Marcia contestó, mareada por causa de la constante preocupación del vestido, algunos de cuyos pedazos quedaron más de una vez en las manos del joven, al gesticular éste a la par que se expresaba apasionadamente:

—Usted perdone, pero mi cabeza no está ahora para esas cosas...

Duke se echó a reír. ¡Qué gracioso!

—Yo creí, señorita, que usted me comprendería en seguida. He estado repitiendo frases de sus novelas de amor. He hablado como hablan los hombres de sus libros a las mujeres que acaban de conocer.

¡Ah! Menos mal... Convenía disimular... Y dando un suspiro de alivio, Marcia dijo:

—Sí, ya... ya me di cuenta... pero estar en un libro con un hombre no es igual que estar con él en un jardín.

Era verdad, sobre todo cuando la mujer — como ella en aquel caso — llevaba un vestido que podía desprendérsele como por arte de encantamiento, dejándola casi desnuda.

Temiendo este desenlace, Marcia desapareció en un momento de distracción de Duke, dejando rastro de ella en varias ramas de los arbustos que halló a su paso, donde parte de su ropa quedó colgada.

La señora Relly, que iba en busca de ella, encontró a Duke buscándola afanosamente.

—¿Ha visto usted a miss Viola?

Duke hizo desaparecer los pedazos de vestido de la hermosa, para que la dueña de la casa no fuera a creer que se había entretenido en desnudarla en el jardín, a la vista de los pájaros, y repuso:

—Sí, señora, pero ha desaparecido como un sueño de verano.

La señora entró de nuevo en la casa y pudo ver como Marcia huía hacia la suya, temerosa de que el "duque" le preguntase algo acerca de la moda que usaba en el vestir y que consistía en desnudarse en un abrir y cerrar de ojos.

Por fortuna, la fiesta ya tocaba a su fin, y todos los invitados creían firmemente que habían visto a la auténtica Viola Vonna.

.....

Bob esperaba aquella noche a su hermana lleno de temores. Tardaba Marcia más que nunca, y eso era para él un mal síntoma. ¿Estaría haciéndole caso a algún lobo?

Cuando la sintió llegar preparóse a recibirla poco menos que a coscorrones.

¡Y qué decir de lo que se figuró el celoso guardián del honor de Marcia al verla aparecer casi... casi en camisa y pantalón!

—¡Buenas noches! ¡Muy buenas! ¡Pero que muy buenas! ¡Ya! ¡Ya!

—¿Qué te sucede, Bob? — dijo ella, malhumorada.

—Sí... ¿Es esta la manera que tienes de guardarte a ti misma?

—No me marees, pequeño...

—¿Cómo?... ¡Tengo el deber de vengarte! ¡Dime el nombre del culpable y le pasearé las costillas!

—¡No seas niño! No me ha ocurrido nada absolutamente.

—¿Te atreves a negar que te han desnudado casi, a viva fuerza? ¡Yo averiguaré la verdad!

—Es inútil que trates de averiguar nada porque no hay nada que averiguar.

—Ya hablaremos mañana. ¡No faltaba más!

\*  
\*\*

A la mañana siguiente Marcia vió que el encanto no se había roto y su pasado literario estaba todavía vivo.

La señora Relly se encargó de reavivar el fuego de sus ilusiones.

El modisto la dejó a solas con Marcia, y la "elegante" señora le dijo:

—El duque está interesadísimo por usted. Dice que no pudo anoche hablarle bastante. Hoy me invitó a una excursión de playa y le he prometido que usted asistiría.

—¿Yo? Pero ¿con qué vestido? Yo no soy más que una insignificante modelo de esta casa...

—Tengo ya preparada ropa para usted. Además, usted será la primera que luzca este collar de perlas.

Y le mostró uno que contenía un lujoso estuche.

Marcia meditó unos momentos, y luego contestó, ilusionada:

—Acepto, con tal de que sea la última vez que yo vea al duque.

En tanto, el señor Relly decía al modisto, por la satisfacción de haber tenido cerca de él a la modelo la noche anterior:

—Muchas gracias por haberme mandado al duque anoche.

Y le ofreció un vasito de licor que llevaba en el puño de su bastón... y que se bebió él, naturalmente... cosa que no dejó de notar la severa esposa.



—Además, usted será la primera que luzca este collar de perlas.

El modisto, cuando sus clientes se hubieron marchado, dijo a Marcia que subiese a su despacho, y ya en éste le habló de esta suerte, irónico:

—¿De modo que usted conoció anoche a un verdadero duque?

—Sí... Y muy agradable, por cierto.

—Me gustaría conocerle... porque, la verdad...

En este momento apareció Bob, que, decidido a saber quién fué el que se atrevió a poner tan ligerita de ropa a su hermana la víspera, no iba a andarse con rodeos con aquel o aquellos sobre los cuales recayesen sus sospechas.

—¡Ah! — exclamó el mozo—. ¡Por fin he descubierto tu amor culpable, Marcia!

—¿Eh? — dijo Henri, asustado.

Bob agarró al modisto por las solapas y le gritó, dispuesto a cometer una barbaridad:

—¿Qué le pasó anoche a mi hermana, que vino a casa con el vestido desgarrado?

—Cálmese, joven, cálmese... Yo no soy culpable... Yo ofrecí a Marcia mi amistad, pero ella parece que prefiere la de un duque...

—¡Sí, ya! Modistos o duques, todos son lo mismo. Pero yo sabré toda la verdad, y ¡ay del que caiga en mis manos!

Tras eso Bob desapareció furiosamente, en busca del mentado duque.

Marcia presentó excusas al modisto:

—Dispense usted a mi hermano... Tiene la manía de salvarme de peligros irreales...

—Su hermanito es un caso, Marcia; y, por si acaso, prefiero no tener líos con él.

.....

Los señores Relly, Marcia y el "duque" fueron a la playa.

La señora Relly, en el agua, era objeto, aunque ella no lo sospechaba ni por asomo, de la burla general.

Marcia no se bañó, ni el "duque" tampoco. Prefirieron hablar a solas. Y Marcia prefirió también sincerarse con el "noble" galán.

—Yo no soy escritora, señor... sino una pobrecita "nadie"...

—¿Cómo?

—Sí... Una "nadie"... Todo lo que luzco: este traje, este collar, nada es mío...

El modisto los vió y se acercó a ellos; y Marcia, mal de su grado, hizo la presentación de ambos.

—El señor Henri... El señor duque...

Henri sentóse junto a Marcia en la arena, sobre un cojín, pero en cuanto ella pudo, hizo una seña a Duke y se marcharon, pretextando Marcia querer contemplar el mar desde la misma orilla.

El collar que lucía Marcia se desabrochó, y Duke, al ir a abrochárselo de nuevo, fué sorprendido por Bob, desde lejos, cuando éste entraba en el Casino de la playa, portador de un encargo de pescado, pues se ganaba la vida, con el *auto*, transformándolo en ocasiones en camión de transporte de lo que se presentara.

Bob, indignado, pretendió llegar hasta el

"duque", pero unos empleados se encargaron de sujetarlo y lo arrojaron fuera del establecimiento.

En tales instantes la atención general se concentraba en un personaje de extraordinaria importancia.

—¿Quién es ese vejete con faldellín y que lleva ese nido de pájaros en la cara? — preguntó, riendo, a Henri, la señora Relly.

—¡Oh, señora! Es el duque de Lonkershmin

—¿El duque de...? Pero, entonces, ¿quién es el joven duque que nos mandó usted anoche?

—Yo no mandé a ustedes ninguno. Telefoneé al duque, pero se excusó diciendo que tenía otro compromiso.

—¿Lo ves? ¡Fuiste tú, idiota, el que me hizo creer que ese joven era el duque! — censuró la señora Relly a su esposo—. Y añadió, dirigiéndose al modisto—: Entonces ese joven es un impostor, quizá un ladrón. ¡Y Marcia lleva mis perlas!

Duke, al reunirse en aquel momento con la señora Relly y su esposo, fué recibido con destemplanza por la señora.

—¿Quién es usted? Un impostor, ¿verdad?

El modisto le dijo a su vez:

—Su juego se ha descubierto. Ahí está el verdadero duque de Lonkershmin.

—¿Y qué, señor? Yo soy William Duke, de

Chicago, y he traído una carta de presentación de mi amigo Allen para la señora Relly.

—¡Ah! ¡Comprendo! — replicó Henri—. Su carta iba destinada sin duda a la señora Ferrence Relly. Otra señora Relly.

Indignada, la señora Relly que no era tía de Allen, censuró a su esposo:

—Mi próximo marido ha de tener un apellido de su exclusivo uso.

Henri y Duke quedaron solos.

—¿Y quién es esa joven que fué presentada como la escritora Viola Vanna? — preguntó Duke.

—Es Marcia Blake, una linda maniquí de mi tienda. ¡Casi una señora!

—¡Ah! Entonces fué sincera...

... ..

En su casa, Bob, cuando regresó su hermana, se aprestó a disputarse con ella acaloradamente.

—¡Dime la verdad! ¿Quién es ese magnate que te regaló ese collar que osas lucir delante de mí?

—No me atormentes, Bob — dijo ella—. Era una caballero amigo mío.

—Sí... ya... ya... Por lo que veo, no perdiste el día...

—No seas necio, repito. Todo lo que llevo es prestado y he de devolverlo.

—¡Mentira! ¡Esto es una vergüenza! ¡Yo no te dejaré salir con estos perfollos! Por lo pronto, dame ese collar...

—¡No es mío!

—¡Dámelo!

Bob se lo arrancó, y apenas acababa de hacer eso cuando apareció en la estancia la señora Relly seguida de su esposo.

—¿De modo que usted pensaba que yo iba a dejar llevarse mis perlas que me cuestan diez mil dólares? — dijo, recelosa, a Marcia.

Bob, súbitamente alegre al comprender su error, tuvo la inmensa satisfacción de devolver el collar a su dueña, diciéndole:

—Señora, aquí no necesitamos para nada sus perlas.

Más tranquila, la señora Relly dijo a Marcia:

—¡Oh! He tenido un gran disgusto al saber que aquel joven no era el duque.

—¿No es duque, dice usted?

—No... Es un cualquiera... Un simple millonario de Chicago sin importancia...

El señor Relly no pudo menos de decir:

—Yo creo que desciende de irlandeses, y un irlandés vale por una docena de duques.

Una mirada furibunda de la esposa premió estas palabras; pero el señor Relly, al marcharse, volviéndose a Marcia, añadió:

—Sostengo lo dicho... Nadie lo creería, pero yo soy también irlandés.

Y guiñándole el ojo a la gentil modelo, desapareció.

E inútil decir que, por milésima vez, Bob pidió perdón a su hermana por sus infundadas sospechas.

\*  
\*\*

Al día siguiente muy temprano Bob estaba listo para salvar a su hermana de cualquier riesgo.

Iban a subir a su "auto", cuando Henri, llegando en el suyo, que dejaba en mantillas a aquél, dijo a Marcia:

—Venga usted en seguida conmigo. La reclaman en la tienda.

Ella no se negó, y Bob, por si el lobo quería abusar de la paloma, siguió el imponente "auto" hasta la tienda.

Llegados a ésta, Henri dijo a Marcia:

—Participo a usted que he vendido el negocio y que el nuevo dueño la espera arriba porque desea conocerla.

Marcia subió a la dirección y ¡oh, cielos! se encontró con que el nuevo director era... Duke... el "duque" de su alma, que la esperaba para decirle que en adelante ella sería la dueña de la casa y de su corazón.

Marcia no protestó cuando él la estrechó entre sus brazos y Bob, haciendo irrupción en momento tan... íntimo en el despacho, exclamó, gesticulando como un loco:

—¡Gracias a Dios que he llegado a tiempo! ¡Algún día llegaré tarde y todo se habrá perdido!

Pero Marcia, tomándolo aparte le murmuró algo al oído, y Bob, completamente desarmado, ahuecó el ala... para no estorbar.



*Marcia no protestó cuando él la estrechó entre sus brazos...*

—¿Quién es ese muchacho? — inquirió Duke.

—Es mi hermano. El pobre me quiere mucho, pero tiene la manía de salvarme. Veremos si ahora me deja ya en paz...

—Naturalmente, cielo mío... a menos de que también tenga celos de tu marido.

Y mientras Bob cerraba la puerta del despacho y colgaba en ella un cartelito que decía "Ausentes", para que nadie se atreviese siquiera a llamar, Marcia y Duke se prometían, sin palabras, que se amarían con locura hasta la muerte... y más allá, si los dejaban.

FIN

Esta semana: ACONTECIMIENTO

## **BEN-HUR**

por RAMÓN NOVARRO

publicada en las selectas Ediciones Especiales  
de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

**¡SIN COMENTARIO!**

### **ACABA DE APARECER**

el 6.º libro de Biblioteca «Nuestro Corazón»,  
con la novela original de

**FRANCISCO-MARIO HISTAGNE**

## **MUJERES**

Bellísimo asunto : : **PRECIO 1 PESETA**